

La Taberna de Elifaz

Albert Peterson

El aire viciado que exhalaba la taberna envolvió súbitamente a la oscura silueta que, con un gesto, cerró la puerta tras de sí. Retiró la capucha de su chilaba, mostrando una piel extrañamente pálida para esas latitudes, casi translúcida, en la que se adivinaba toda suerte de vasos sanguíneos, y un pelo lacio, sin vida, estéril. Caminando despacio se dirigió a uno de los oscuros rincones de aquel anguloso antro, donde otra silueta, envuelta en una túnica, le esperaba con aire impaciente.

-¿De dónde vienes?

-De dar una vuelta por la tierra y pasearme por ella.

-Elifaz, pon un vaso para mi hermano y algo de comer.- ordenó al tabernero.- ¿Cómo la has visto?

-Como siempre, una tierra sembrada de hombres temerosos del Todopoderoso.

-Noto, quizás, cierta envidia en tus palabras.

El tabernero trajo una botella de vino y un plato con queso de oveja.

-No es eso mi querido amigo, me sorprende que me tengas en tan poca estima y andes todo el día dudando de mí.

-Ya lo sé, era tan sólo una broma, te veo tan susceptible como siempre. Elifaz -gritó con voz estentórea- ¿de dónde has sacado esta maravilla de queso?

-Es de los rebaños de Job, señor. Mi mujer se lo compró a uno de sus siervos.

-Muy bueno, sí señor, muy bueno. – volvió la mirada a su interlocutor- ¿Has visto lo que esa gente es capaz de hacer? Con sólo unos cántaros de leche, regalan al mundo esta exquisitez.

-Unos cántaros de leche, ¿dices? Ese hombre tiene más de cinco mil cabezas de ganado.

-Siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes y otras tantas asnas, para ser exactos. Ganados con el sudor de su frente, como está escrito. Y aún así es un siervo fiel y devoto, que mira por sus hijos y por esa mujer, medio gentil, que tiene. Tengo entendido que ofrece holocaustos por el alma de todos ellos.

-Ya veríamos que habría de pasar si perdiera únicamente la mitad de cuanto posee. Por supuesto te seguiría temiendo, pero ¿realmente piensas que te seguiría amando?

-Baja la voz que no estás en tu casa, además un hombre como Job no renunciaría nunca a su fe, gracias a ella ha llegado donde está.

-Y al sudor de su frente, como tú mismo has dicho. Nadie le ha regalado nada.

-Y al sudor de su frente, sí. Pero no me fallará, estoy seguro. O ¿acaso pretendes que nos juguemos algo? ¿Mil almas de varón y otras quinientas de mujer?

-Hecho.

-Está bien, pero mantenlo con vida, y cuidado con lo que hacemos. Nos vemos en una semana.

-Hasta la próxima.

La extraña sombra se colocó la capucha y volvió al infierno de arena que esperaba tras la puerta de la taberna.

Job disfrutaba del almuerzo junto a su esposa y sus hijos. La tranquilidad de los últimos días de invierno presagiaba la llegada de la primavera y embriagaba tanto o más que el vino que le servían sus criados. De repente, un alboroto en la sala contigua venía a marchitar esa paz. Uno de sus sirvientes del campo venía con gesto aterrado. Se aproximó al oído de Job, y todavía jadeante, le susurró:

- Estaban arando los bueyes y pacían cerca de ellos las asnas, y se echaron sobre ellos los sabeos y los cogieron, hiriendo a los siervos a filo de espada. Yo sólo he podido escapar para darte la noticia.

Todavía estaba éste hablando, cuando llegó otro, que dijo:

-Ha caído del cielo fuego de Dios, que abrasó a las ovejas y a los mozos, consumiéndolos. Sólo he escapado yo para darte la noticia.

Mientras hablaba éste todavía, vino otro, que dijo:

-Los caldeos, divididos en tres tropes, han dado sobre los camellos, apoderándose de ellos, y a los siervos los hicieron a filo de espada. Yo solo he podido escapar para traerte la noticia.

Job, enmudecido y perplejo, deambuló largo rato por la estancia, ante la atenta mirada de su familia y sus siervos, que esperaban ansiosos alguna resolución por su parte.

-Bien está. -dijo finalmente- Yahvé lo dio, Yahvé lo ha quitado. ¡Bendito sea el nombre de Yahvé!- y se marchó camino de su aposento.

Su mujer, que en estos trances siempre se mostraba solícita y sumisa a su marido, corrió tras él en pos de consolarlo.

-¿Qué vamos a hacer, Job? ¿Qué será de nosotros?

-Ya veremos, mujer. Sé que he perdido práctica en los negocios, pero conservo la misma intuición con que antaño levanté esta casa.

-Hasta ahora la vida siempre nos ha sonreído. Tengo miedo, sabe que las desgracias nunca vienen solas.

-Y si es así sabremos afrontarlas. Dios proveerá.

Dicho esto, la mujer emprendió la delicada tarea para la que había venido a esta habitación, corriendo tras su marido y dejando a sus hijos sumidos en la inquietud y la incertidumbre. Había obrado acorde con su deber como esposa, un deber no ya para el que había venido al aposento sino para el que había venido al mundo.

Al día siguiente, un Job más temeroso de la Providencia si cabe reemprendió sus antiguos negocios con la intención de levantar de nuevo su vasto imperio.

Había pasado exactamente una semana y el varón de Hus no había perdido la fe en su dios. La oscura sombra de la chilaba entraba de nuevo en la ya conocida taberna de Elifaz y sus gestos no hacían nada por ocultar su decepción.

-Parece que finalmente yo tenía razón, mi pequeño Job no me defraudó.

-Está bien, acepto mi derrota, pero sigo pensando que ese hombre no tiene una voluntad de hierro. Quizás le subestimé, pensando que como buen hombre de negocios, amaría por encima de todo el resultado de su propio ego, de toda una vida de trabajo y que su terrible pérdida sería para él lo más desesperante.

-¿Estás sugiriendo un doble o nada?

-Sí a ti te parece bien.

-Por mí, encantado. Pero ya sabes el trato, no puede peligrar su vida.

-Sí, sí, ya sé.

-¿No te quedas a tomar algo? El vino es excelente, y aún quedan existencias de ese prodigio de queso, a pesar de tu sacrificio.

-¿No pensarás que lo hice en tu honor?

-En cierto modo es lo que hiciste.

El de la chilaba, claramente contrariado, se despidió de la parroquia y salió violentamente.

Y sucedió ese día, que estaban los hijos y las hijas de Job comiendo y bebiendo vino en casa de su hermano primogénito, que llegó un mensajero a la casa del noble varón y le dijo:

-Estaban tus hijos y tus hijas comiendo y bebiendo vino en la casa de su hermano, el primogénito, y vino del otro lado del desierto un torbellino y conmovió las cuatro esquinas de la casa, que cayó sobre los jóvenes y han muerto. Yo solo he escapado para darte la noticia.

Levantóse entonces Job, rasgó sus vestiduras, rasuró su cabeza, y echándose en tierra, adoró, diciendo:

-Yahvé lo dio, Yahvé lo ha quitado. ¡Bendito sea el nombre de Yahvé!

Su mujer que asistía horrorizada a los extraños acontecimientos, había permanecido ausente hasta que las palabras anteriores fueron dichas.

-¿Aún sigues aferrado a tu integridad? ¡Maldice a Dios y muérete!

-Como mujer necia has hablado. Si recibimos de Dios los bienes, ¿por qué no también los males?

No habían sido todavía asimiladas estas palabras, una extraña sombra asomó por el quicio de la puerta y, desvistiendo su cabeza, dejó ver su mortecina tez.

-No hablas como hombre sensato, viejo Job. Tu dios te arrebató tus hijos y lo que con tu trabajo recogiste y todavía sigues amándolo. ¿También respetándolo?

-Dios, en su insondable sabiduría, sabe por qué hace las cosas.

-Y yo también lo sé, por eso te propongo un trato. Renuncia a él y todo te será repuesto, tu vida anterior volverá al instante y estas aciagas semanas se convertirán en un sueño olvidado.

-El precio de mi alma no se cotiza con nada terreno.

-Déjame terminar, eso no es todo. Si no renuncias a él, tu mujer también te será arrancada y toda clase de desdichas caerá sobre ti.

Job miró angustiado a su fiel esposa, y por primera vez en su vida se dio cuenta de cuánto la amaba, era el único ser que jamás le había fallado. Recordaba como la había salvado de las alimañas cuando no era más que una niña y como más tarde supo que se convertiría en la madre de sus hijos. Volviéndose hacia ella, le preguntó:

-¿Qué debo hacer, Yeminá? - no podía reprimir su angustia, y su duro rostro, que jamás había sucumbido al desaliento, dejó entrever una lágrima que se arrastraba indecisa, como si no conociera el camino que debía seguir, tanto tiempo hacía que no lo recorría.-

-Yo no puedo decidir por ti, mi amado Job, y sé que en el fondo de tu aliento ya has tomado una decisión. Has de saber que muero sin guardarte rencor alguno.

En ese momento notó que le faltaba el aire, y el cálido abrazo del óbito la penetró hasta empacharla de dolor. Al mismo tiempo, Satán hirió a Job con una úlcera maligna desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza, y abandonó la estancia sumamente irritado ante el nuevo desarrollo de los acontecimientos. Sin mediar palabra con los siervos que se encontraban a la puerta de la casa, salió como una exhalación camino de la taberna de Elifaz. Al llegar allí, su interlocutor todavía se encontraba comiendo y riendo alegremente con las ocurrencias del tabernero.

-Está bien, tú ganas, ese Job es tonto de remate, no te preocupes que no volveré a apostar contigo.

-Tranquilo, hombre, que no pasa nada, a ver, le has quitado a su familia y le has dado un leve escozor. Todavía podemos hacerle algo más. Déjame pensar, dejarle calvo no, que ya se ha encargado él de eso. Podemos cegarle, o mejor aún, podemos dejarle impotente, tengo entendido que eso les molesta sobremanera, y les abate el ánimo como pocas cosas.

-Porque eres tú el Bien y yo el Mal, sino juraría que le estás cogiendo el gusto a esto. Si quieres cambiamos de puestos una temporada.

-No me vendría mal cambiar de aires, pero acaso crees que cambiaría algo. ¿Tan distinto sería si estuviera el uno en el lugar del otro? Apenas hay diferencia entre hacer el mal y la desidia de dejar que ellos se lo hagan solitos. No merecería la pena.

-Quizás tengas razón.

-Ya sabes que sí. Y volviendo al tema, ¿qué hacemos del desdichado Job?

-Dejarle tranquilo, ya ha sufrido bastante y ya nos ha demostrado cuanto te ama.

-Sí eso es lo que quieres, así lo haremos. Le premiaré por su fidelidad, pero déjame que esta vez sea yo quien trate con él.

-Al fin y al cabo es tu siervo.

Apuró el vaso, se levantó, y ajustándose la túnica salió al mundo. A la luz del día todo él estaba envuelto de un brillo plomizo, se erguía majestuoso, y su paso firme y decidido hacía que todos los ojos se posaran sobre él. Llegó fatigado del camino, eran los inconvenientes del cuerpo terrenal, y

del mismo modo que había entrado su hermano, entró él. Se puso ante Job, que al verle se deshizo en una reverencia y se echó al suelo, apartando los ojos de la imponente figura:

-He venido hasta ésta, tu morada, para congratularme de tu fe y tu fidelidad. Estos últimos días has conocido el poder de Satán, por decisión mía, y hoy conocerás el mío. Así pues, mañana mismo tendrás en tus campos el doble del ganado que tenías antes, en tu casa tendrás nueva mujer, y con ella, cuantos hijos puedas desear.

Al mismo tiempo que esto era dicho, la figura iba perdiendo poder, ya no era el ser omnipotente que a Job se le había antojado al entrar por su puerta, e iba adquiriendo más aspecto de mercachifle que de Dios verdadero. Job comprendió en ese instante que lo que no había podido la perfidia y la tentación de Satán, lo había conseguido ese dios paternalista y arrogante que trataba de humillarlo para regocijo de su propio ego. Asintió como pudo a cuanto aquel deplorable ser le recomendaba, y cuando éste se despidió con el definitivo "sea", sintió un gran alivio en su ser. Ahora, por fin, sabíase un espíritu libre.

Al día siguiente ordenó a su criado vendiera todo cuanto poseía excepto un pequeño rebaño de cien ovejas, y que el dinero resultante de la venta fuera repartido entre todos ellos, que tan bien le habían servido en todos esos años. De igual manera, se dirigió a su nueva mujer para decirle que era completamente libre de hacer cuanto quisiera e ir donde se le antojara, pues sabía en el fondo de su alma que ni ella le amaba a él, ni él podría amarla como había amado a Yeminá. Y diciendo esto, abandonó para siempre su casa.

EPÍLOGO

Años más tarde, y con motivo de una feria de ganado, Job volvió a la tierra que le vio nacer. Ostensiblemente más viejo, y convertido en un nómada, su mirada inspiraba tranquilidad y sabiduría. Encanecido y arrugado, por fin podía hablar de felicidad. Tenía tres hijos, la madre de los cuales era una campesina de las tierras del norte, y entre todos cuidaban del ganado. Vagaban de acá para allá vendiendo queso, leche y lana, y comprando lo justo para sus necesidades.

La feria quedaba todavía a dos días de camino, así pues decidieron hacer un alto a las afueras del pueblo donde el viejo varón naciera setenta y dos años atrás. Dejando a su hijo mayor al cuidado del rebaño, de sus hermanos y su madre, Job se acercó a la casa del buen Elifaz, en busca de algo de comer que no procediera de la especie ovina. Tras cerrar el trato, y cuando ya se disponía a volver con su familia, reparó en dos sombras que se ocultaban en un rincón de la taberna. Sin vacilar se acercó a ellos y preguntó:

-¿Qué desean tomar los señores? Hoy es un día grande, un día de reencuentros, y en consecuencia pago yo, sea lo que sea.

-No, gracias, no queremos nada. – sentenció la figura de la túnica, indiferente, y volviendo al hilo de la conversación que mantenía con su homólogo - ¿Qué estaba diciendo?

-¿No querrán ofenderme? Tabernero, - gritó alegremente - sírvale a estos señores otra ronda de lo que estuvieran tomando.- y dirigiéndose de nuevo a los convidados - Ustedes necesitan fuerzas, sale muy caro ser inmortal, tiene uno que morir muchas veces. A mi, al fin y al cabo ya me queda poco de vida, y el descanso lo tengo asegurado.

Job se alejó hacia la barra, pagó lo que se debía y, ante la atónita mirada de los dos hombres del fondo, que empezaban a recordar de qué les sonaba aquella cara, salió de la taberna calzándose su gorro, aquel que le cubría del plácido y suave viento del desierto.